



Reportajes

Libros y autores, por Filebo

LA MISTRAL (DE NUEVO) A LA VISTA

J AIME Quezada, poeta, textólogo (¿qué palabra, Dios Santo!) fino, alquilarado, aunque sencillo prosista, es el autor de la selección, prólogo y notas de dos nuevos y magníficos libros de Gabriela Mistral: *Poesía y Prosa* (Biblioteca Ayacucho, Caracas, Venezuela, 1993), obra que abarca unas 500 páginas impresas en papel de blancura tercia y grueso respetable, y *Gabriela Mistral, escritos políticos* (Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme, México/Santiago, 1994), volumen que reúne unas 300 páginas. Como puede verse, dos obras de peso espigadas en la extrema y paradisiaca selva mistraliana.

Unas cuantas palabras, desde luego, sobre el espigador. Jaime Quezada hizo su aparición en Santiago allá por los sesenta (por los sesenta de este siglo, naturalmente) con motivo de su tráfago en uno de los cerámenes "Alerce" de la Sociedad de Escritores de Chile. Por lo menos en mi recuerdo de aquellos días la presencia de Quezada se funde con la inquietud que en el gremio suscitaba ese concurso mantenido por la SECH mediante la ayuda económica sustancial de la rectoría de la Universidad de Chile (Eugenio González Rojas). La publicación de *Los palabras del fabulador* (Premio Alerce, 1968) rasgó la confianza que en el destino del joven poeta había depositado su guía y propedéutica, pongámonos así, Gonzalo Rojas Pizarro, arrojando los años Premio Nacional de Literatura. En una visita a Concepción que hicimos con Mita Oyarzún, Juvenecio Valle y Roberto Meza Fuentes, los unos en representación de la SECH y el otro en nombre del Pen Club de Chile, con oportunidad de un homenaje de la gran universidad (fundada por don Enrique Molina) a la memoria del maestro y crítico literario Milton Rosset, continuador de Luis Durand en la revista *Atenea*, se nos dio el momento de visitar a varios poetas jóvenes de Concepción en un pintoresco y cálido refugio situado en la ciudad universitaria, lugar que, a la hora de los lobos, llamaban ellos "La guardia". Allí, en "La guardia", Jaime Quezada oficiaba de maestro de ceremonia. Si no nos equivocamos, en toda esta incursión por la ciudad universitaria a la hora de los lobos, el poeta Gonzalo Rojas, cuya significación literaria había traspasado las fronteras con la publicación de su primer libro *La miseria del hombre* (1948), era nuestro cicloron.

Pues bien, volviendo al tema de Jaime Quezada, que llegó a presidir la Sociedad de Escritores de Chile y que en la actualidad es secretario ejecutivo de la Fundación Gabriela Mistral, digamos que todo habría sido agua pasada si al escritor no se le ocurre algo mínimo y muchas veces poequiso: seguir escribiendo. Quezada dejó así de lado nada menos que la carrera de Leyes que lo ataba al ámbito tan estimulante de la universidad penquista. La carrera de las letras, como sostenía el maestro Braulio Arenas, es de tiempo completo por tratarse de un haz de disciplinas que requiere atención constante. Si no hay regularidad en su cultivo y preservación, la consecuencia será el fracaso. Lo admirable en la trayectoria de Jaime Quezada es la lealtad con que ha abanderado la causa de la literatura, que como ex *vax populi*, amén de nuestro usado "ego", incluye el interés por el "ego" de los otros.

La "causa de los otros" contempla su lectura elevada y su comprensión pertinente. Huyendo de los "otros" para no sufrir la terziana de los infljos o la influencia de las influencias, nos agostamos en el despallegamiento de nuestra pequeña circunstancia. Felices los poetas que no temieron el contacto invasivo de Rubén Darío. Cuando menos aprendieron a moverse con cierto donaire en el arte del verso. Esta era la tesis de Roberto Mera Fuentes, quien vivió una vida de enorme regocijo entre los hallazgos de Díar Mirón y los aciertos espectaculares de Rubén Darío. Con razón Julio Barrenechea quebraba lanzas en 1974 para que el Premio Nacional de Literatura se concediese a Roberto Meza Fuentes, verdadero conservador de la juventud del verso en un mundo que se despojaba a grandes pasos de sentimientos líricos.

Entre sus lecturas de cabecera y de velador Jaime Quezada puso las obras de la Mistral. La originalidad no estuvo en hacerlo —miles de mistralistas se repiten por el mundo—, sino en hacerlo como lo hizo. Estudiar a fondo a la maestra a través de su examen directo, sin infectarse con el "manicrismo" de sus decires tan personales, tan singulares, tan propios de su formación de "cristiana nueva". Lo excelente de este mistralólogo es que lo es al margen de inevitables colonizaciones. Ni en verso ni en prosa.

De más está indicar que los dos estupendos volúmenes confirman la estatura clásica de la hija del valle de Elqui. No sólo aquí la propiedad en el manejo del verso y la "donosura" de la prosa "maritana", de raíces bíblicas; cobra relieve especial en la serie di-

mentión del conjunto la pluralidad de temas con que la escritora enriquece su visión del mundo. Lejos de ese espíritu unilateral y egotista que pótea de manifestio no pocos personeros de las letras, a Gabriela, en sérmicos unanímicos, no sólo le duele Chile; en realidad, le duele en carne propia todos los dolores del mundo. En este sentido su receptividad es privilegiada. Así como es capaz de entrar en el detalle de un notable libro de Eduardo Frei Montalva, al mismo tiempo es capaz de reconstituir la existencia de don Domingo Faustino Sarmiento en sus días choleros del pueblo de Pucuro.

Espléndida cosecha la de Jaime Quezada en el fecundo territorio mistraliano.

Huelga encomiar, por último, la dignidad de la prosa de Quezada en los dos citados prólogos. Recorremos al azar un párrafo: "En sus temas religiosos o cristianos, humanizadores y muchas veces críticos, Gabriela Mistral sabe nombrar donosamente, con amor y miedo de amor, las situaciones cotidianas y altísimas que le preocupaban: una alabanza a la Virgen, una estampa de Sor Juana Inés de la Cruz, un recado a Fray Bartolomé (el misionero por excelencia), una evocación navideña, un retrato incoloral del arzobispo Crescente Pirkanaria o un recorrer los sagrados lugares de Lourdes, peregrina y devota, confundida entre los tuberculosos y los inválidos que esperan el milagro que repare la pieza o recupere la salud del pulmón dañado..." (Prólogo de *Poesía y Prosa*, p. XXVII).

En virtud de estos volúmenes hay, sin duda, con el favor de Dios, Gabriela Mistral para largo rato.

2 CF 6086

17-11-1994 P36

La Mistral (de nuevo) a la vista [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La Mistral (de nuevo) a la vista [artículo] Filebo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile